

## LOS BORGIA Y NÁPOLES: LOS DOS PILARES DE LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN ITALIA Y SU NUEVA VISIÓN

### THE BORGHIAS AND NAPOLES: THE SPANISH PRESENCE IN ITALY'S TWO BACKBONES AND THEIR NEW VIEW

Pedro INSUA

*Profesor de Filosofía*

*Que hizo la nuestra hispana nación, al mundo odiosa, qual nunca se viera* (Alonso Hernández de Sevilla, refiriéndose a Alejandro VI).

*Cuando subió [Rodrigo Borgia] a la silla papal aquel año, una multitud de cinco mil romanos gritó: Spagna, Spagna, eviva, eviva papa Alessandro romano!* (Dandele, *La Roma española*, Barcelona, 2002).

#### Resumen

El presente artículo contrasta los enfoques historiográficos del XIX y el del XXI acerca de la acción de España en Italia, durante los siglos XV y XVI. Ello revela cómo esta historiografía, según se profundiza en las fuentes, va diluyendo la versión negrolendaria que tanto influjo tuvo, sin embargo, en el XIX.

*Palabras clave:* Imperio, España, Italia, Borgia, historiografía, leyenda negra.

#### Abstract

This article represents compares the historiographic approach of the nineteenth and the twenty first centuries on the action of Spain in Italy, during the 15th and 16th centuries. It shows how this historiography, as it delves into the sources, is diluting the black legend version, which had so much influence in the nineteenth.

*Keywords:* Empire, Spain, Italy, Borgia, historiography, black legend.

Sobreponiéndose a la oposición, muchas veces hostil, de las familias italianas rivales (Orsini, Colonna, Sforza, Malatesta, Farnesio, De la Rovere...), los Borja (Borgia, italianizado) van a lograr desde su aparición en Italia como cortesanos de Alfonso el Magnánimo de Aragón –tío de Fernando el Católico y conquistador de Nápoles en 1442–, y a pesar de esta su condición extranjera, que dos de sus miembros sean elevados al solio pontificio: Alonso de Borja, convertido en el papa Calixto III (1455-1458), y su sobrino Rodrigo Borja, a partir de cuya

ascendencia a la cátedra de San Pedro en 1492 con el nombre de Alejandro VI se inicia el período —la época de los Borgia por excelencia— que finaliza, tras la muerte de Alejandro en 1503, con la caída en desgracia de su hijo César, duque de Valentinois (muerto en 1507<sup>1</sup>).

Preocupado, es más, celoso de guardar, e incluso ampliar, los intereses de su familia en Italia, Rodrigo Borgia trabajó en favor del establecimiento de vínculos dinásticos con las principales familias italianas mirando, sobre todo, porque su familia formara parte del tejido cultural y social que rodeaba a la ciudad en la que la Cristiandad tenía, y sigue teniendo, su centro. Roma, una vez que los Borgia dejen huella en ella, iba a quedar, tal era el plan, definitivamente comprometida con esta dinastía. Un plan dinástico que será contemplado por Rodrigo como destino, esto es, como fin al que se ordenan todos sus actos, de tal manera que el destino de Roma, la Ciudad Eterna, habría de pasar necesariamente por el destino de los Borgia. Cuando el agustino Lutero visite la ciudad, marcada por la familia de origen hispano, allí verá aquella Babilonia que describió San Agustín en *La Ciudad de Dios*, y ello será fundamento para su disidencia, y el cisma ulterior que aun persiste.

Un proyecto que representa en cualquier caso un verdadero drama, tanto para los miembros de la familia Borgia como para los miembros de las familias adversarias (o en su caso aliadas), cuando el plan dinástico sea puesto en marcha por Rodrigo una vez convertido en Alejandro VI. Un drama que se resolverá trágicamente (explotado convenientemente por cine y literatura), al prevalecer siempre los intereses dinásticos por encima de los deseos individuales de sus miembros.

En este sentido, César Valentino, tan admirado por Nietzsche, va a ser el que mejor asuma, incluso mejor que el propio Rodrigo, los sacrificios individuales que tal proyecto exigía, de tal manera que va a convertirse en su brazo ejecutor más eficaz sobreponiéndose, incluso, a los sentimientos filiales si, llegado el caso, fuera necesario deshacerse de los miembros de la propia familia que mostrasen oposición. César en este sentido representa el “héroe” familiar, y como tal será admirado, siendo así que su vida va a quedar íntegramente subordinada al cumplimiento del destino dinástico que él, insistimos, reconoce, acepta y propaga. El *sentido de la vida* de César Borgia queda definitivamente expresado, en forma de apuesta disyuntiva, en la divisa engastada en la espada que el padre le regala: “*César o nada*”, *tertium non datur*. El carácter trágico de la vida del héroe César va a residir, pues tal es el rigor con el que se adapta a su “destino”, en que para realizarlo se va a ver obligado a sacrificar el propio afecto que acompaña y alimenta las relaciones filiales, tanto el afecto por su hermano Juan como, sobre todo, el que mantiene por su hermana Lucrecia; es decir, y dicho directamente, se ve obligado a sacrificar, en cuanto que principal valedor del plan dinástico de su padre Rodrigo, las relaciones filiales en aras del mantenimiento de los intereses de la dinastía (un drama también característicamente *italiano* que se recrea en esta situación de intereses enfrentados en el seno de la propia familia, y que también se resuelve trágicamente, es *El Padrino*, de Coppola).

En este sentido se va a consagrar, a través del cine y la literatura, una serie de arquetipos, representativos de cada uno de los miembros del drama que la posteridad, a su vez, va

<sup>1</sup> Muere en Viana el 12 de marzo de 1507, y allí permanece, muy descuidada, su tumba. En la lápida, colocada en 1953 frente a la portada renacentista de la iglesia de Santa María de Viana, tiene esculpida la siguiente inscripción: “César Borgia. Generalísimo de los ejércitos de Navarra y pontificios. Muerto en Campos de Viana. El XI de marzo de MDVII”. Y es que Julio II, tras la muerte de Alejandro VI, hace prisionero a César y lo entrega a Gonzalo de Córdoba para ser juzgado en España. Después de unos meses en Chinchilla, César es trasladado a la fortaleza de La Mota, en Medina del Campo. En invierno de 1506 consigue escapar y huye hacia Navarra, donde reina su cuñado Juan de Albret. Navarra estaba en guerra contra el noble Luis de Beaumont, conde de Lerín, y Juan de Albret nombra a César, su cuñado, capitán del ejército navarro. En marzo de 1507 puso sitio a la ciudad de Viana. Allí encontró su muerte, en Barranca Salada, al intentar bloquear los suministros que entraban en la ciudad. En el año 2007 el Ayuntamiento y el Gobierno navarro crearon una comisión especial para festejar el v Centenario de su muerte.

a asumir y reproducir, sirviendo de canon para la observación de otras personalidades históricas posteriores: así la *crueldad* de César, la *concupiscencia* de Alejandro, la *indolencia* de Godofredo, el caprichoso carácter de Lucrecia, etc, son arquetipos característicos cuyo origen real muchas veces, en cualquier caso, está en los rumores difamatorios procedentes de las familias rivales más que en la realidad biográfica.

Con ello también, en el contexto de esas rivalidades dinásticas de toma y daca, se va a consagrar una mala fama que ha quedado asociada a esta familia, al fin y al cabo una familia extranjera en Italia, que está, y es aquí a donde queríamos ir a parar, en el origen de la leyenda negra antiespañola. Es más, sus adversarios van a cargar aún más las tintas, por su condición originaria española, vinculándolos al marranismo, acusación dirigida en general a los españoles en Italia, de tal manera que se va a hacer un retrato de los Borgia, no ya solo como unos ambiciosos extraños a los intereses de Italia, sino también extraños a la Cristiandad:

*Esta inmigración judaica contribuyó a formar una opinión pésima de los españoles en general, motejados desde entonces como “judíos” y como “marranos”. “Marrano”, “circunciso” y catalán llamaba Juliano de la Rovere, que fue luego Julio II, al odiado papa Alejandro<sup>2</sup>.*

Porque, en efecto, ¿qué repercusiones políticas tuvieron las acciones de Alejandro VI y su familia?, es decir, ¿qué consecuencias políticas tiene el proyecto dinástico de los Borgia en Italia, para cuyos miembros repercute de forma tan dramática? Dicho de otro modo, ¿qué consecuencias tiene para los estados que participan de la acción de los Borgia en Italia al verse estos estados comprometidos con la puesta en marcha de ese proyecto dinástico?

El drama de los Borgia comienza en 1492 y finaliza en 1503. 1492: no hace falta subrayar lo que esta fecha representa geopolíticamente (aunque si nos atenemos a la tesis de Benassar, en 1492, ¿un mundo nuevo?, las repercusiones del viaje colombino no son percibidas en Italia, hasta una década más tarde, con Vespucio, pero sí será de gran trascendencia la toma de Granada, que en Italia será recibida con entusiasmo como una victoria de Cristo sobre Mahoma). 1503: el mismo año en el que tienen lugar las victorias de Ceriñola y Garellano por las que, de la mano de Gonzalo Fernández de Córdoba, ejecutor por cierto de la caída de César Borgia, los Reyes Católicos se hacen por fin con el Reino de Nápoles una vez aplastado el ejército francés en sendas victorias ganadas por el Gran Capitán, produciéndose así la consolidación de la influencia española sobre el sur de Italia que se mantendrá como hegemónica durante dos siglos (con el Tratado de Blois en 1505, Luis XII renuncia a Nápoles)<sup>3</sup>.

Pues bien, el dominio aragonés sobre Nápoles y los Borgia en Roma serán precisamente, los dos pilares sobre los que se asienta la hegemonía española sobre Italia, una hegemonía que, si bien en un principio no es bien recibida, en la medida en que se asocia a los españoles con la barbarie, frente a la sofisticación de la “cultura” italiana<sup>4</sup> (ver en este sentido las opiniones sobre España de Guicciardini<sup>5</sup>), terminará por prevalecer e imponerse durante dos siglos.

<sup>2</sup> CROCE, B.: *España en la vida italiana*, Madrid, p. 85.

<sup>3</sup> El Reino de Nápoles había sido entregado en 1458 a Ferrante, hijo de Alfonso el Magnánimo y primo, y también cuñado, de Fernando el Católico, quedando así Nápoles separado de Cerdeña y Sicilia, que se mantuvieron bajo la corona aragonesa. Tras la muerte de Ferrante en 1494, el rey de Francia, Carlos VIII, reclamó Nápoles para sí invadiendo Italia desde el norte, lo que desencadenó la rivalidad y la guerra entre Francia y España por Italia –la “Helena” del siglo XVI, según la expresión de Vives.

<sup>4</sup> “Cuando el valenciano Calixto III es elegido Papa, por toda Italia se oye un grito de indignación: ‘¡Un Papa bárbaro y catalán! Advertid a qué grado de abyección hemos llegado los italianos. Por todas partes dominan los catalanes y Dios sabe hasta qué punto son insoportables con su dominio’” (CROCE, B.: *España en la vida italiana*, Madrid, pp. 39-40).

<sup>5</sup> «Relación de España», en *Humanismo y Renacimiento*, Madrid, 1993 (antología de escritores renacentistas italianos elaborada por Pedro R. Santidrián).

Dos siglos que cierta historiografía, a partir del XIX, ha querido dibujar como una presencia depredadora, presentando a la acción de la “bárbara” España allí como si fuera un elefante entrando en una cacharrería, si se nos permite: la “cultura del Renacimiento en Italia” se ve arrasada (1527, el saco de Roma, etc) y vampirizada por el Imperio español, sin que España ofrezca nada a cambio, esta es la tesis de la historiografía, sobre todo alemana, decimonónica.

Jacob Burckhardt, cuya *Cultura del Renacimiento en Italia* marcó profundamente la historiografía posterior, y aún la sigue marcando en parte, decía lo siguiente:

*hechos como este [devastación de Piacenza en 1447 por Sforza] resultan pálidos comparados con el horror que más tarde trajeron a Italia las tropas extranjeras. Se señalaron en esto aquellos españoles en los cuales tal vez un injerto de sangre no occidental, o quizás el hábito de los espectáculos inquisitoriales, habían desencadenado el lado diabólico de la naturaleza humana. A quien conozca sus atrocidades en Prato, Roma, &c. le costará trabajo después interesarse en un alto sentido, por Fernando El Católico y Carlos V. Ellos conocían a sus hordas y las dejaron, no obstante, obrar libremente. La profusión de documentos de sus Gabinetes, que va saliendo poco a poco a la luz, podrá resultar una fuente de datos importantísimos... pero nadie buscará ya en los escritos de tales príncipes el estímulo de un pensamiento político fecundo<sup>6</sup>.*

Vemos aquí el eco antimarrano del siglo XV reproducirse en la historiografía del XIX, pero ya como farsa antisemita, mediando el racialismo ario decimonónico, que late en Burckhardt, como explicación del horror que produjeron los españoles en la “cultura” Italia del siglo XVI: quizás, dice, un “injerto de sangre no occidental”, es decir, africana, propia de los españoles (dando así, digamos, una razón “genética”, innatista sobre el asunto), o quizás, “el hábito de los espectáculos inquisitoriales” (dando así una razón de carácter más bien conductista). Ambas “razones”, aún reconociendo no saber cuál de ellas pueda ser determinante, le parecen a Burckhardt suficientes para explicar ese “desencadenamiento del lado diabólico de la naturaleza humana” que los españoles han ejercido en Italia.

Omíte, por ejemplo y entre otras muchas cosas, que buena parte de las tropas que constituían las fuerzas del Condestable de Borbón cuando en 1527, con la muerte de este, se desencadenó el llamado “Saco de Roma”, eran lansquenettes alemanes, y además protestantes, con lo cual, en el caso de que tales “razones” que aporta expliquen algo, nada explicarían acerca de las “atrocidades” cometidas en Roma (seguramente para Burckhardt la “sangre alemana” es, por supuesto, cien por cien occidental, y en Alemania no había Inquisición –aunque había tribunales mucho más cruentos–). Pero lo más curioso de este modo oscurantista y racista de proceder es que, reconociendo no haber consultado los documentos de los “Gabinetes” de Fernando el Católico y de Carlos V, puesto que, dice, aún no han salido del todo a la luz, ya sabe que no se podrá encontrar en ellos “un pensamiento político fecundo”. Curiosa la práctica de la “ciencia histórica” por parte de un autor que se sigue mencionando como insigne figura de la historiografía.

En nota al pie, Sverker Arnoldsson, en su estudio sobre el origen de la leyenda negra en Italia, dice, a propósito del libro y las opiniones de Burckhardt,

*en la gran obra de Jacob Burckhardt, Die Kultur der Renaissance in Italien, se dan en varias conexiones [¿?] noticias sobre la supuesta barbarie de los españoles y su influencia generalmente infeliz sobre la vida cultural de Italia. En ciertos casos se alegan opiniones italianas del Renacimiento, pero por lo general las declaraciones de Burckhardt sobre la conducta y la fama de los españoles se pueden considerar como una versión especial de la Leyenda Negra, influenciada por el liberalismo del siglo XIX<sup>7</sup>.*

<sup>6</sup> BURCKHARDT, J.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, 1987, vol. I, p. 77.

<sup>7</sup> ARNOLDSSON, S.: *Los orígenes de la leyenda Negra española*, 2018, p. 11.

Nosotros creemos que dicha influencia procede, más que de un indefinido “liberalismo”, del romanticismo teutómano que cultiva, a su modo, Burckhardt (antes que Treitschke, y otros, hasta Sombart, en lo que se ha venido en llamar las “ideas de 1914”<sup>8</sup>), en la línea schopenhaueriana (del que se decía discípulo), y que tendrá en la antropología francesa (Gobineau) y en la frenología, el darwinismo social, etc, las bases de la explicación de las “desigualdades de las razas humanas”. Unas desigualdades que, atendiendo a esas “ideas de 1914” tienen, o deben tener, efectos políticos, situando al hombre germánico por encima de cualquier otro<sup>9</sup>.

Estas ideas, que sucumben catastróficamente en 1945, por lo menos políticamente hablando, sin embargo van a resistir y persistir en otros órdenes de la realidad, por ejemplo en la historiografía manteniendo una influencia extraordinaria en ella, de tal modo que la acción española en Italia se seguirá viendo más bien como un lastre, por su carácter destructivo, rapaz, que como una acción protectora, conservadora de esa “cultura”.

Pues bien, a partir de los trabajos de Thomas Dandele<sup>10</sup> o de Giuseppe Galasso<sup>11</sup>, siguiendo líneas historiográficas en parte abiertas por el liberal Croce –este sí–, y con una base de trabajo de archivo muy sólida, de la que carecía la historiografía decimonónica (Burckhardt reconocía, según leímos, ser especulativo a este respecto), las relaciones entre España e Italia se dibujan explícitamente como presididas bajo la norma de un imperialismo, el ejercido por España en Italia, más amable y gentil (“generador”, diríamos nosotros) de lo que, hasta ahora, se decía.

Es más, los giros de la política papal durante esos dos siglos, balanceándose entre Francia y España, ponen de manifiesto, según Dandele<sup>12</sup>, una política imperialista de España hacia Italia, en contraste con la francesa, claramente benefactora. Así lo dice Dandele<sup>12</sup>, como colofón a su magnífico libro *La Roma española*:

*Puede concluirse que en el extremo oriental de sus territorios [Italia, sobre todo en Roma], el imperio español se caracterizó no por ser un conquistador de mano dura sino por ser un patrono generoso, no por tener misioneros que convirtieran a los nativos bajo la vigilancia de los soldados sino santos españoles que transformaron el catolicismo romano a través de sus nuevas instituciones y reformas, no por ser una colonia que saqueara la riqueza de los nativos sino una colonia que fomentó la economía de la ciudad y que se convirtió en una parte importante del tejido social. Si los italianos se describían a sí mismos como “hispanizados”, no fue por la fuerza sino por que así lo eligieron. Los españoles les habían convencido de que España [frente a Francia] era quien más podía ofrecerles. [...] El hecho de que España conservara el apoyo papal y la lealtad de muchos nobles romanos frente a una Francia mucho más poderosa es un testimonio del éxito del imperialismo informal [generador, diríamos], de una forma de dominación política que se basaba más en la creación de una poderosa red de patronos y clientes que en la fuerza militar. Al final, España conquistó Roma con gentileza<sup>12</sup>.*

Parece ser que, una vez investigados y sumergidos en los archivos de los gabinetes de Fernando el Católico, de Carlos I o de Felipe II, estos papeles arrojan una idea de las relaciones entre España e Italia que dejan atrás los prejuicios del racialismo decimonónico, a los que se agarraba Burckhardt, y permite fijar en sus quicios esas relaciones, desquiciadas, en general,

<sup>8</sup> Ver LOSURDO, D.: *Hegel y la catástrofe alemana*, Madrid, 2012.

<sup>9</sup> “al igual que el ave alemana, el águila que merodea desde lo alto sobre todos los animales de la tierra, el alemán debe sentirse superior a toda la chusma que lo circunda y a la que contempla desde lo alto en un abismo sin fondo” (SOMBART, W.: *Händler und Helden*, Munich, 1915, p. 143).

<sup>10</sup> DANDELET, T. J.: *La Roma española (1500-1700)*, Barcelona, 2002.

<sup>11</sup> GALASSO, G.: *En la periferia del Imperio. La Monarquía Hispánica y el Reino de Nápoles*, Barcelona, 2000.

<sup>12</sup> DANDELET, T. J.: *op. cit.*, p. 267.

por las grandes ideologías políticas del siglo XIX y XX, que todo lo confunden y tergiversan “a remolque de dos siglos de polémicas protestantes e ilustradas, liberales y nacionales, sociales y democráticas, masónicas y humanitarias”<sup>13</sup>.

Por fin, con una profundidad archivística y documental sin precedentes, la historiografía en torno a este tema va disolviendo la leyenda negra antiespañola que aún perduraba hasta la actualidad, y que dibujaban la acción de España siempre como retardataria, “medievalizante” para el sur de Italia.

Dirá Galasso, tajante, sin embargo, contra la leyenda negra: “entender las vicisitudes de la “gran monarquía” del “imperio” de los soberanos españoles como una gran palestra y una manifestación sobresaliente de la civilización moderna; y el nexo España-Nápoles en aquella época como un aspecto de “periferia” –claro que sí– de aquel “imperio”, pero “periferia” no por ello menos significativa y reveladora tanto respecto del “imperio” como respecto de su papel y su significado en el mundo moderno, y en la afirmación de lo “moderno”<sup>14</sup>.

Los Borgia son pues, insistimos, uno de los dos pilares de este imperialismo “gentil” de España sobre Italia. Ahora se empiezan a entender aquellas, para muchos terribles, palabras, del personaje de Graham Greene en *El Tercer Hombre*, que todo el mundo recuerda por estar puestas en boca de Orson Wells interpretando a ese personaje en la película homónima (dirigida por Carol Reed, 1949), según las cuales la grandeza de la Roma de los Borgia, a pesar de su crueldad y ambición, se medía por sus resultados (en contraste con la inocencia de la siempre neutral Suiza, cuyo mayor logro es el reloj de cuco). En efecto, la impronta de Los Borgia en el Vaticano, y en Roma en general, es importantísima tanto institucional como artísticamente.

La relación España-Nápoles es el otro pilar cuya visión historiográfica también estuvo marcada, anacrónicamente, por la situación de postración en la que devino la Italia del Sur tras la conformación de la unidad política italiana. Hasta ahora se ha responsabilizado a España, en la historiografía al uso, de esa imposibilidad de transformación de la sociedad napolitana-siciliana, caracterizada literariamente por unos modos de transformación no progresivos, de replicación idéntica, lampedusianos (“que todo cambie para permanecer como está”). El signo de la historiografía, sin embargo, a medida que, de nuevo, el trabajo de archivo es más profundo, va cambiando también en relación a la visión de este pilar de las relaciones España e Italia.

Permaneceremos atentos.

<sup>13</sup> GALASSO, G.: *op. cit.*, p. 11.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 12.